



EDITORIAL

El arte de ser persona y el personalismo en el arte

Domina en el personalismo el discurso antropológico, sociológico y ético. ¿Tiene algo que decir el personalismo sobre el arte? ¿Hay una estética personalista? ¿Tiene importancia en orden a la realidad personal el mundo del arte y de la estética? O, más bien, ¿no será un lujo hablar de arte ante las urgencias del presente?

El arte aparece, respecto de esas urgencias dictadas por el reino de la necesidad, como «lo no-necesario» y, por tanto, como lo gratuito. Pero si es gratuito puede que afecte a centros profundos de la existencia personal, la cual aparece emergiendo entre los apremios utilitarios y vitales como un don gratuito, una ruptura de la necesidad ciega, una riqueza de ser que no se deja reducir a una definición. La persona es lo «no-inventariable» (G. Marcel, cf. E. Mounier, El personalismo, O.C. III, p. 486): gratuidad de ser y de valor. Esa dimensión de difícil aprehensión, inaferrable para una mirada cegada por el espíritu utilitario o mercantil, nos habla del hombre y de la mujer, seres personales, como en parte, pero en parte decisiva, más allá de las cadenas de la necesidad y de la lucha por la supervivencia física, como fuerza y dominio de sí que se despliega creativamente, capaz de contemplar la realidad con una mirada desinteresada y de acoger «ton kalon kai ton agathon», la belleza y la



bondad, y que, en consecuencia, se proyecta, también desinteresadamente, hacia lo bello y lo bueno.

En la belleza y en la bondad el ser humano expresa lo mejor de sí, en su acogida se enriquece decisivamente: no sobrevive sin más (atado al ámbito de la necesidad, de lo urgentemente necesario), sino que se plenifica.

Por eso es el arte «no-necesario» (nivel vital de supervivencia), pero sí «imprescindible», ya que apunta a esa plenificación personal en la que los bienes acogidos y producidos, a diferencia de los bienes sólo económicos y utilitarios, producen comunión profunda, participación emotiva y empática, llegando a romper los límites individuales y de las colectividades inferiores (como la tribu, el clan o la corporación, nuestra moderna forma de existencia tribal).

Este contraste, que no oposición, entre lo necesario vital y lo imprescindible para los niveles profundos y comunionales de la persona no quiere significar que el arte haya de emerger tan sólo a partir del ocio, cuando las necesidades vitales más elementales están perfectamente cubiertas. Porque, entre otras cosas, esas necesidades vitales son muy elásticas; y porque todos los pueblos y todas las culturas, en las más duras condiciones de vida, siempre en lucha con el reino de la necesidad, han abierto espacios para la gratuidad, la fiesta, la expresión artística y la belleza, la danza, el canto, la plasticidad pictórica, escultórica o arquitectónica. Contraste y no oposición, pues el arte es capaz de redimir al trabajo, cuando el trabajador que ama su oficio hace de él un arte y se convierte en un «artista del trabajo», así como el artista es un trabajador del arte. Y también porque bien pudiera ser incluso que la actitud productora y técnica con la que el «homo faber» se enfrenta al mundo parta de una previa posición estética, contemplativa ante el mundo y en cierta disposición de comunión con él. Tal vez por esto haya surgido el arte en conexión con la búsqueda de lo sagrado, tam-



bién in-útil y esencial, de forma que danzas rituales, vestiduras sagradas de especial belleza, pinturas y esculturas, productos todos de una actividad y un tiempo robados a lo meramente productivo y vital, sean expresión de una gratuidad originaria en la que el hombre hace emerger las riquezas de su centro personal en que el individuo se abre a la comunidad.

De ahí también, tal vez, el ritual sacrificial, en el que el producto del trabajo penoso, las primicias del reino de la necesidad, se entregan libremente «para-nada», para la divinidad y para el sentido último, para la gratuidad imprescindible. Expresión de gratuidad, pero también búsqueda del reino de la libertad y la plenitud, el arte (junto con lo sagrado) adquiere entonces una nueva dimensión que activa el principio esperanza, endereza a la utopía y critica lo que simplemente, pesadamente «hay». El arte se convierte en compromiso.

Pero el arte, como toda dimensión humana, está sometido a la fragilidad de su posible corrupción: es el arte que aliena y justifica estructuras indebidas o sirve a intereses dominantes o que, como parece que sucede hoy (por lo demás con toda realidad humana, por profunda o esencial que sea), tiende a manifestarse desde la óptica del mercado, mecanismo o engranaje que desmisteriza y racionaliza con la racionalidad chata de la cuantificación y el beneficio. Arte y cultura de masas, arte en serie para el consumo, son la negación misma de su esencia, arte de circunstancia y efímero, desposeído del toque de eternidad que le hace trascender toda frontera geográfica y temporal. El arte de masas, producido en cadena, ni es arte ni es popular. Habría que pensar lo popular por contraposición a lo masivo. Porque la masa es por definición amorfa, movida por intereses menos nobles, con escaso margen para la meditación de la verdad y la contemplación de lo bello (cf. Mounier, Manifiesto al servicio del personalismo, Madrid, 1972, p. 123). Lo popular, por contra, tiene raíces, ama sus tradiciones y se expresa y encuentra en sus artistas.



Si el arte se caricaturiza en la masificación, hay que atisbar entonces que la gratuidad de la libre creatividad artística, que apunta a la plenificación personal y comunitaria, ha quedado (o, puede quedar, o se tiende a que quede) atrapada en las redes del reino de la necesidad.

¿A quién debe servir, entonces, el arte? ¿Para qué ha de servir? ¡El arte no debe servir, no ha de servir para nada! Es decir, no ha de ser servil. Pues de lo contrario es infiel a su vocación de transcendencia, de gratuidad plenificante, de don, así como de crítica de lo meramente dado, anticipador de ideales atisbados que se encuentran en trance de posible realización.

Paradójicamente, descubrimos aquí en el arte una vocación ética. No porque haya de moralizar, ni proponer moralejas, ni plasmar intuitivamente sermones. Sino porque, en su libertad gratuita, el arte exalta lo más noble de la creación y, sobre todo, del hombre: en la belleza resplandece lo que hemos llamado lo «no inventariable», transcendente e indefinible pero sí intuible, que es tan característico de la existencia personal.

Por esta vocación ética, el arte no debería tampoco derivar hacia un esteticismo vacío y ajeno, elitista y aislado. Sería ésta una emancipación neurótica o esquizofrénica, puesta de espaldas al mundo del hombre. El arte encarnado y comprometido muestra así una faz paradójica y hermosa: es un servidor no sometido, una libertad expuesta y entregada. Pero ¿no es este el distintivo de la existencia personal, que se abre libremente al tú y al nosotros?

Tal vez sea la actividad artística un reflejo privilegiado del ser personal, que podría concebirse como una obra de arte «in fieri».



ACONTECIMIENTO ha querido reflexionar sobre esta dimensión difícil pero capital. El personalismo sí tiene algo que decir sobre ella. Lola Ortiz, bailarina, nos comunica la experiencia en primera persona de la expresión artística como expresión enriquecedora de la persona. Fernando Roselló se acerca a esta misma realidad pero desde la perspectiva social; el arte se produce en una sociedad: ¿es pura expresión de ella o significa un fenómeno marginal o crítico y anticipatorio? Ya indicamos que el éxtasis artístico tiene connotaciones que le acercan a la experiencia de lo sagrado. El arte y la teología no son mundos por completo ajenos entre sí, como Pedro Manuel Sarmiento, teólogo y pintor, pone de relieve. Por fin, hemos querido escuchar también en directo la voz de artistas de diversos ámbitos. La entrevista a Luis Landero, escritor, y la mesa redonda con Luis D'Ors, actor y director de teatro y el ya mencionado Pedro M. Sarmiento, nos ofrecen ese testimonio en primera persona.

ACONTECIMIENTO

**RECUERDA QUE PARA EL 1992 LA CUOTA DE SUScriptor
DE ACONTECIMIENTO ES DE 2.000 PTAS, Y LA DE SOCIO
ES DE 4.000 PTAS (O MÁS, SI DESEAS APOYAR AL
INSTITUTO).**

**SI AÚN NO HAS PAGADO LA CUOTA DE 1991,
HAZLO YA POR FAVOR**
